

Conrad Vilanou Torrano

Universidad de Barcelona

La confesión burguesa de Sándor Márai. Lengua, cultura y formación en la vieja Europa¹

Abstract: This article aims to highlight a key paradox in the life of a Hungarian writer Sándor Márai, who, as a European intellectual, defender of the humanistic continental tradition, was forced to emigrate to the United States. After the Allied victory in 1945, the Americans, as predicted by John Dewey in his autobiography, thought that Europe was to become a simple province of their nation, emerged with the Declaration of Independence of July 4, 1776, which proclaimed the pursuit of happiness as a human right. Since the old Europe, based on culture, civilization, and education disappeared, its foundations had to be restored on an economic basis by the European Coal and Steel Community. The new Europe was made possible by the treaty signed by Adenauer and de Gaulle, who, like Márai, were suspicious of the Soviet Union, and its modern and materialistic worldview, which collapsed in 1989 with the fall of the Berlin Wall, nine months after Márai's death.

Keywords: Sándor Márai, Europe, modernity, culture, pedagogy

No hay duda de que entre los escritores húngaros más reconocidos destaca el nombre de Sándor Márai (1900–1989), «nacido en una familia burguesa de las Tierras Atlas» (Márai, 2016c, p. 137). En concreto, nuestro

¹ La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha sido impulsada por RecerCaixa.

protagonista vino al mundo en Kassa, una ciudad de cuarenta mil habitantes con una activa burguesía local, que entonces formaba parte del Imperio Austro-Húngaro y que hoy está integrada en la república eslovaca (Kosice). Por las circunstancias históricas, y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando Hungría quedó ubicada detrás del Telón de acero, Márai decidió emigrar en 1948 de su país para no regresar. Lamentablemente, se suicidó el 22 de febrero de 1989 en los Estados Unidos, donde se había exiliado, pocos meses antes de que cayera el muro de Berlín el 9 de noviembre de aquel mismo año.

Desde un punto de vista histórico, Hungría atesora una larga trayectoria católica vinculada a la dinastía de los Arpados y, más concretamente, al rey Esteban (997–1038), que según la tradición fue coronado en la Navidad del año 1000 por el papa Silvestre III, con lo que quedó asegurada la cristianización del país magiar (Mindszenty, 1989, p. 137). Sobre esta base religiosa se desarrolló el devenir de Hungría que presentaba una estructura agraria casi feudal, merced a un sofisticado sistema de castas censurado por Márai, hasta bien entrado el siglo XIX. Desde luego, la burguesía húngara intentó establecer un nuevo orden social y político, pero fracasó en el intento después de los conatos revolucionarios de 1848 y 1849 que fueron sofocados por los austriacos. Más adelante, y gracias al compromiso (*Ausgleich*) de 1867, se inició una nueva etapa que marcó el comienzo de la era liberal que había de renovar la Hungría atávica anquilosada en el pasado (Casals, 2003, p. 1). En aquel contexto, el imperio austro-húngaro optó por la doble capitalidad, lo cual favoreció la unión en 1873 de Buda y Pest, aunque como señala William M. Johnston era una «capital moderna para una nación semifeudal», a la vez que apostilla que «en gran medida fueron los judíos que se habían integrado en el conjunto social los que hicieron posible que Budapest pasase de mero centro de intercambio de bienes a metrópoli industrial y financiera» (Johnston, 2009, p. 786). Pero aquel resurgir que se dio a partir de 1867, gracias al desarrollo burgués, recibió un duro golpe con la derrota imperial de 1918 y la posterior firma del Tratado de Trianón (1920), entre Hungría y las potencias aliadas, que mermó la extensión geográfica, la demografía y el potencial económico magiar, a la vez que perdía la única salida al mar (Fiume, hoy la croata Rijeka).

Desaparecido el imperio, Hungría se convirtió en un reino apostólico sin monarca, a pesar de las pretensiones fallidas de Carlos IV de Hungría, el último emperador que sucedió en 1916 al longevo Francisco José que gobernó entre 1867 y 1916, después del atentado del 28 de junio de 1914 que costó la muerte del heredero, el archiduque Francisco Fernando de Austria. Aquel magnicidio desencadenó la Primera Guerra Mundial y obligó a que Carlos IV de Hungría renunciase el 11 de noviembre de 1918 al trono de aquel imperio dual, alrededor de cuyo escudo aparecía la inscripción «Indivisibiliter ac inseparabiliter», esto es, indivisible e inseparable. Tampoco está de más anotar que Carlos IV, conocido como Carlos I en Austria, intentó asumir las riendas del reino de Hungría, con un par de golpes de mano –con una fugaz batalla militar– que tuvieron lugar durante el año 1921. Finalmente, pudo escapar por vía fluvial para exiliarse en la Isla de Madeira, donde reposan los restos mortales del posterior emperador austriaco y último rey de Hungría.

La magiarización: lengua, cultura y formación

De un modo reiterativo, Márai insiste en afirmar la importancia del idioma magiar, convencido de que una nación –como Hungría– «comienza con la Literatura» (Márai, 2016a, p. 125). En las páginas de sus *Confesiones de un burgués* hallamos la siguiente aseveración: «Un escritor no tiene más patria que su lengua materna» (Márai, 2016a, p. 421). A este respecto, en la obra de Márai encontramos afirmaciones que confirman la trascendencia de la lengua en la génesis de la patria húngara, al constatar el milagro de que «en Europa una pequeña lengua de tierra asiática se convirtiera en cultura» (Márai, 2016c, p. 278), lo que constituía una especie de anomalía en medio de Europa. «Un inglés, un francés, un italiano o un alemán nunca podrán comprender lo que significa ser escritor en el mundo cuando se escribe en la lengua de un pueblo aislado y solitario» (Márai, 2016c, p. 397). Por lo tanto, resulta recurrente apelar a la conexión entre el idioma y la patria húngara, quizás debido a la dificultad que entraña esta lengua de origen urálico, que como señala Zilahy no tiene

parientes en Europa, en razón de las diferencias de «la conjugación y la declinación húngaras de las de las demás lenguas europeas» (Zilahy, 2010, p. 233).

Pues bien, la combinación entre lengua y literatura genera un universo cultural que no interesó demasiado a la nobleza magiar, pero que sí fue objeto de protección y promoción por parte de la burguesía que desde 1867 asumió las riendas del país, sobre el supuesto de que «el idioma húngaro seguía careciendo de palabras» (Márai, 2016c, p. 141). A la larga, se fraguó una cultura que propició que la burguesía se cultivase intelectual y espiritualmente y que, por consiguiente, pudiese articular sus ideales de formación que la habían de homologar con las restantes burguesías europeas. Con ello, se pone de relieve el interés de Márai por negar el carácter germano y eslavo de Hungría que lucha denodadamente por alcanzar una independencia no sólo política –reconocida parcialmente en 1867– sino también lingüística en medio de la Europa central.

Se constata así que para los escritores magiares, la lengua y la literatura se convirtieron en una manera de hacer política, al favorecer el establecimiento de un mercado, con sus editoriales, prensa y lectores, que contribuía a que la burguesía húngara tomase conciencia de su papel histórico y de su responsabilidad social al sostener a una clase literaria que necesitaba crear un idioma culto, más allá del utilizado por las primeras tribus que poblaron aquellas tierras alrededor del año mil. Se comprende entonces que la lengua y la literatura fuesen elementos civilizadores de primer orden para aquellas tribus orientales que llegaron hasta Hungría en la búsqueda de pastos para su ganado. Eso significa que se debía de conformar un idioma moderno que tenía que preocuparse no únicamente de la literatura, sino también del pensamiento, ya que Márai –consciente de que vivimos en un universo «empalabrado»– sostiene que «una idea necesita de palabras: sin palabras no puede haber intercambio, sólo puede haber un cosquilleo en la conciencia, parecido a un hormigueo en la piel» (Márai, 2016c, p. 142). En el caso húngaro, pues, lengua, pensamiento y formación constituyen un todo orgánico, cosa que Márai reconoce en diversos lugares de su extensa

obra. Sin ir más lejos, en *¡Tierra, tierra!* manifiesta que «escribir es una labor orgánica; de otra manera carece de sentido y se vuelve inmoral» (Márai, 2016c, p. 403).

Ahora bien, no sólo la cultura sino también la política queda vinculada al proceso de magiarización, ya que «para el húngaro –escribe Révész– la política es inseparable de la literatura» (Zilahy, 1965, p. XIX). Por tanto, la *hungaridad* o *magyarság* es un concepto que caló en el mundo intelectual de escritores como Márai y Zilahy (Zilahy, 1945, p. 19). Además, la literatura sirvió para conformar una cosmovisión que –en el caso de Márai– se caracteriza por su vocación burguesa, de profundas convicciones liberales. «El ser humano –escribe Márai– es un animal dotado de palabra. Ese animal se hace hombre en la medida en que es capaz de expresar sus pensamientos» (Márai, 2016c, p. 424). En consecuencia, la palabra en manos de la burguesía se convierte en una instancia de afirmación nacional, sin olvidar su ligazón con la historia continental, con la tradición humanista europea. De ahí, el interés de las familias burguesas por dotar sus hogares de bibliotecas bien provistas, con presencia de autores húngaros y extranjeros, no como un simple decorado sino como una realidad viva (Márai, 2016c, p. 150).

Aunque la filosofía húngara cuenta con nombres de relieve como los de Georg Lukács e Imre Lakatos, no es menos cierto que la literatura ha sido uno de los vehículos utilizados por los intelectuales magiares para dar cuenta y razón de sus ideas, sobre el principio de que el pensamiento se da siempre «empalabrado». Así pues, no sólo recurre a la creatividad de los poetas sino también a la energía de periodistas y novelistas, es decir, de todos aquellos que han buscado palabras para construir libremente frases, discursos y narrativas. Además, al tratarse de una literatura minoritaria, los escritores húngaros se vieron obligados a escribir en la prensa y así adquirieron la condición periodística. Para Márai, el ser humano es un *Homo loquens*, dotado de palabra, y gracias a ella puede edificar un mundo que –en su caso– fue el de la Hungría liberal y moderna, producto del quehacer de la burguesía culta y progresista. Sin embargo, esta Hungría quedó colapsada por la dinámica histórica a partir de 1918 y, sobre todo, después de 1938, cuando Austria fue anexionada al III Reich

el 12 de marzo y el destino de la Europa central dependió primero del nazismo y, más tarde, de la URSS.

Llegados a este punto, es menester advertir que una de las constantes de la cultura húngara estriba en situarse a medio camino entre el germanismo –con su *Kultur*, que aspira a que el alemán sea algo más que una simple *koiné* centroeuropea de acuerdo con el *ethos* prusiano– y el paneslavismo soviético con sus proyectos lingüísticos rusófilos. Tampoco es accidental que la lengua alemana fuese una de las materias que formaban parte del currículum escolar de los institutos de educación secundaria en Hungría, incluso después de la Gran Guerra, aunque la presencia del latín constituía una realidad que vinculaba la cultura magiar a la tradición occidental, al mundo latino-romano. El alfabeto latino supone uno de los lazos de Hungría con Occidente, al margen del alfabeto gótico germánico y del cirílico eslavo. Siendo esto así, Márai –que pasó por un internado católico de los premonstratenses– comenta que los «religiosos nos inculcaban sentimientos de libertad y justicia». Igualmente, anota que «nunca los oí hablar mal de la Iglesia reformada», cuya presencia también era notable en Hungría (Márai, 2016a, p. 167–168). A su vez, y con relación al plan de estudio de los idiomas, de raigambre humanista, comenta: «Teníamos una clase de latín diaria, podían aprender francés los que querían, desde quinto curso nos enseñaban alemán y a nadie se le ocurría estudiar inglés» (Márai, 2016a, p. 169). Por esta razón, Hungría confirma su voluntad de ser europea, gracias al cristianismo y al alfabeto latino, dos condiciones de posibilidad para asumir el legado de la cultura occidental.

De todos modos, después de 1948 la única lengua extranjera que se enseñaba en las escuelas húngaras fue el ruso, de acuerdo con el profetismo mesiánico soviético de ambiciones paneslavistas. En consecuencia, escritores como Sándor Márai –que viajó en su peregrinaje formativo durante diez años por diferentes países (Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, etc.)– confirman que Hungría participa de los valores occidentales, tal como corresponde a su historia cristiana y a su voluntad de sobrevivir en medio de distintos imperios, de ascendencia teutónica y eslava. Por descontentado, Márai se manifiesta de manera equidistante respecto a Berlín y Moscú, y así se aleja del expansionismo germánico y del paneslavismo

ruso, o, lo que es lo mismo, del nazismo y del comunismo, dos cosmovisiones totalitarias que limitan la libertad humana al pervertir el sentido de la palabra. En esta dirección, Márai dirá que «el vocabulario comunista es tan pobre que provoca bostezos» (Márai, 2016c, p. 246).

Tampoco hay que pasar por alto que, con independencia de posibles consideraciones políticas e históricas, la literatura y la música, los vocablos y las notas del pentagrama, sin olvidar bibliotecas, pinacotecas y museos, constituían los resortes primordiales de la formación centroeuropea (*Mitteleuropa*) que seguía a corta distancia el modelo de la *Bildung* alemana, un ideal de formación surgido en el período del neo-humanismo germánico (1780–1830), que se extendió por la Europa danubiana y que cuajó en Austria como atestiguan autores como Zweig y De Waal. Se trata, como bien ha puesto de relieve Rosa Sala Rose (2007), de una opción más cultural que política, que desvela el extraño caso de las letras alemanas que pervirtieron la *Bildung* hasta devaluarla a simple *Kultur*, con lo que el ideal de formación (*Bildung*) que había de liberar al ser humano en un sentido intelectual y espiritual se transformó en una vulgar atadura (*Bindung*), que predisponía a una imposición ultranacionalista, xenófoba y expansionista.

Ni que decir tiene que la sombra pedagógica de la *Bildung* alemana también influyó sobre Hungría. «Los húngaros estaban fascinados por las cualidades alemanas: organización militar, sistema de enseñanza, habilidad para el comercio y la técnica» (Fejtő, 2016, p. 138). En el fondo, aquel ideal pedagógico de signo formativo –no pragmático-utilitario, ni comercial-industrial– se distinguía por su dimensión humanística, si bien marginaba los aspectos físico-corporales que en el caso húngaro quedaban reducidos a la práctica de la esgrima, el único deporte que la opinión pública aceptaba. «Debido al espíritu “humanista” de la escuela [*vale la pena insistir que Márai estudió en un centro católico*], descuidábamos y despreciábamos deliberadamente el ejercicio físico» (Márai, 2016a, p. 168). Se trataba, pues, de una educación más intelectual que corporal, alejada de las veleidades germanas, siempre proclives a la gimnasia agresiva de los *turnen* (con sus aparatos gimnásticos) y a los combates de los jóvenes en las mensuras. Más que el cuerpo interesaba el espíritu, la formación

humanística, de modo que uno de los rasgos distintivos de aquella burguesía radicaba en fomentar la cultura, no en amasar riquezas y acrecentar patrimonios.

Resulta del todo evidente que la escolarización decimonónica coadyuvó al proceso de magiarización ya que, gracias a la enseñanza de la lengua y literatura húngaras, se estructuró una narrativa patriótica en que se explicaba la traslación, bajo la guía de la dinastía de los Arpados, de las tribus que abandonaron los Urales para instalarse junto a los Cárpatos. «En los montes Urales, al lado del río Volga, existió una *Ungaria Magna*, una Gran Hungría...» (Móricz, 2016, p. 185). No en vano, el protagonista de *Sé bueno hasta la muerte* –la novela escolar de Zsigmond Móricz– es un joven que, a pesar de su pobreza, está apasionado por la poesía romántica de Sándor Petöfi (1823–1849), cuya madre –según Magris– no dominaba la lengua húngara. Lógicamente, el currículo escolar también establecía un canon literario con nombres como Sándor Petöfi, János Arany y Endre Ady que, con sus poemas, predispusieron a la toma de conciencia del pueblo húngaro.

Al margen del ambiente escolar, Márai también reconoce esta dependencia al escribir que «con Arany he aprendido y sigo aprendiendo el idioma húngaro» (Márai, 2016a, p. 272). No acaba aquí la cosa porque además de Arany –el gran poeta nacional– Márai destaca igualmente los nombres de dos periodistas y escritores como Gyula Krúdy (1878–1933) y Dezso Kosztolányi (1885–1936) que contribuyeron a la vertebración de la Hungría liberal. Bien podemos añadir que Márai encuentra en Kosztolányi un modelo personal, periodístico y literario que regeneró la lengua húngara. «Todos los días le regalaba a Hungría una expresión sabrosa, un matiz nuevo, irónico o deslumbrante» (Márai, 2016c, p. 161).

De acuerdo con lo que exponemos, la magiarización promovió el uso de la lengua húngara como vehículo escolar y cultural a lo largo de un proceso que se extendió durante el siglo XIX. «Hacia 1900 se publicaban en Budapest más de doscientos periódicos y revistas en lengua magiar» (Johnston, 2009, p. 801). Al mismo tiempo, este proceso literario –que según Johnston se dio acompañado de un pensamiento mágico– favoreció el culto húngaro a la fantasía, en un contexto que facilitó la

recepción de la *Bildungsroman* apolítica alemana (Johnston, 2009, p. 799). Está claro que la literatura y la música, dos elementos esenciales del ideal de formación (*Bildung*) burgués, experimentaron un gran incremento en las manos de la burguesía liberal que protegía la cultura húngara, bien al contrario de lo que había hecho la nobleza durante siglos.

No obstante, conviene destacar que la defensa de la cultura húngara –canalizada a través de la magiarización– no estaba reñida con el proyecto de una Europa unida, mediatizada por la idea de la confederación danubiana, preludio de una Europa supranacional. Pese a todas las tensiones y contradicciones, la Monarquía Austro-Húngara fue un gran invento, aunque un día estalló (Márai, 2016b, p. 87), si bien para algunos historiadores como Fetjő (2016) la hicieron reventar. Tampoco es menos cierto que Márai mostró siempre una inveterada fe europeísta –«me había jurado, bajo palabra de honor, que sacaría las mejores notas en europeísmo», leemos en *Confesiones de un burgués* (Márai, 2016a, p. 234)– hasta el extremo que se considera un precedente del ideal paneuropeo. Durante sus jornadas de peregrinaje pedagógico, a semejanza del *Meister* de Goethe, Márai adquirió una conciencia paneuropea, incluso anterior a la de los pioneros (Jean Monnet, Robert Schuman, Alcide De Gasperi, etc.) de la idea de Europa:

Examinaba a todo el mundo bajo este aspecto, quería saber si ya existía el hombre europeo, si en algún salón polaco o en alguna universidad danesa estaba manifestándose ya el hombre que primero era europeo y sólo después polaco o danés. Ni Coudenhove-Kalergi ni Hubermann Bronislav hablaban todavía de paneuropeísmo, pero la idea estaba ya presente. (Márai, 2016a, p. 276)

Vistas así las cosas, Márai puede ser considerado un antecedente del ideario europeísta, entendido como un proyecto cultural y pedagógico, una idea-fuerza que circuló por el continente gracias a las facilidades de comunicación que representaban los ríos (especialmente el Danubio) y la red de ferrocarriles. Capítulo aparte merece el conjunto de

establecimientos educativos –muchos en manos de confesiones religiosas católicas– que garantizaban la presencia de la tradición pedagógica humanista. Entretanto, las compañías de teatro y las orquestas esparcían por doquier la llama de la civilización, que alentó el clima espiritual un tanto confiado del burgués que, en el caso magiar –bien al contrario de lo que aconteció en Austria– quedó supeditado al control ideológico de la democracia popular impuesta por el Ejército Rojo, cuya liberación se transmutó en una ocupación.

En efecto, el lenguaje en poder de las políticas totalitarias –ya fuesen nazis o comunistas– pervirtió la palabra y traicionó un pensamiento que se da siempre «empalabrado», cosa razonable si tenemos en cuenta la identidad que se produce en el término «logos» entre palabra y pensamiento. Agréguese que Márai piensa en una Europa humanista y erasmista, tolerante y conciliadora, un conjunto de pueblos y culturas que recurren a la literatura para canalizar sus aspiraciones, en una atmósfera de paz y concordia. Ahí reside, justamente, el compromiso de la burguesía que se convierte en guardiana de esta cultura que la barbarie dinamitó, en el breve periodo comprendido entre 1938 y 1945, ya que lo que siguió después de esta fecha para Hungría es bien conocido: el totalitarismo político, una razón de estado que acabó con la libertad de pensamiento y el acervo humanista heredado de la tradición continental. De este modo, la lengua magiar –la mejor seña de identidad de Hungría– quedó contaminada hasta el punto que no pudo garantizar lo que Márai designa como «vida plena», esto es, una existencia alimentada a través de la cultura en libertad (Márai 2016c, p. 311).

A la pregunta sobre qué es el humanismo, Márai responde con un argumento que recuerda a Protágoras, ya que después de destacar que estriba en «una medida humana», añade a continuación que el humanismo implica «la constatación de que el ser humano es la medida de todas las cosas» (Márai, 2016c, p. 277). En última instancia, para Márai ser burgués implica justamente esta medida humana, el cuidado del alma de conformidad con esta sensibilidad humanista y liberal, al margen de la fortuna económica que uno acumula o del trabajo que uno realiza. De tal guisa que la condición de burgués se vincula a una visión culturalista,

de raigambre humanista y liberal, que se enraíza en la libertad intelectual y espiritual (Márai, 2016c, p. 93). Desde luego, uno de los capitales más preciados por este tipo de burgués que encarna Márai radica en su biblioteca que en 1944 contaba con seis mil volúmenes, la mitad de los cuales fueron pasto de la destrucción después de los combates que se produjeron durante el asedio y la conquista rusa de Budapest. «La mayoría de volúmenes habían quedado destrozados a causa de los ataques aéreos» (Márai, 2016c, p. 115).

Como es lógico, y en sintonía con lo que Márai sugiere, la clase media húngara adquirió la condición de garante de un mundo burgués –esto es, moderno, liberal, humanista e ilustrado– que consumía cultura. «Una clase media humanista que leía libros, que iba al teatro, que sobrepasaba sus posibilidades económicas a la hora de educar a sus hijos y que salvaguardaba la tradición de las relaciones sociales sin llamar la atención...» (Márai 2016c, p. 349). Una clase media que a menudo escondía sus penurias y una clase trabajadora que hacía esfuerzos para sufragar los costos de la educación de sus vástagos.

Sin duda, podemos considerar a Márai como un intelectual burgués de modo que resulta bien lógico que rotulase sus memorias con el título de *Confesiones de un burgués*, un libro que causó un gran revuelo cuando apareció en 1934 en su país natal. A decir verdad, la burguesía tuvo un papel primordial en la toma de conciencia magiar, siendo Márai –como reconocía F. Oliver Brachfeld– «un burgués, con todo lo bueno y malo que implica este término». A renglón seguido, Oliver Brachfeld añadía que *Las confesiones de un burgués* lo atestiguan claramente. «Esta autobiografía –la de un hombre, pero al mismo tiempo de todo un estamento social– desencadenó toda una “ola” de confesiones de escritores en Hungría y es uno de los libros más fascinadores que he leído en estos últimos años» (Oliver Brachfeld en Márai, 1946, p. 14).

Procede añadir que estas *Confesiones de un burgués*, que fueron traducidas en 2004, no contemplaban la época más oscura de la historia de Europa, esto es, cuando la garra del nazismo se extendió por la cuenca danubiana con la anexión (*Anschluss*) austriaca. De ahí el interés de la tercera parte de sus confesiones, que durante años permanecieron silenciadas

por expresa voluntad del autor y que fueron traducidas en 2016, bajo el epígrafe de *Lo que no quise decir*. En *¡Tierra, tierra!* lamenta que, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, su obra fuera objeto de una crítica durísima que procedía de un importante estudioso (la referencia nos induce a pensar que se trataba de Georg Luckás), lo cual le movió a no publicar aquel tercer capítulo, que «sigue guardado en un cajón, cubierto de polvo» (Márai, 2016c, p. 344).

Inútil decir que hoy contamos felizmente con la edición completa de aquellas *Confesiones de un burgués*, integradas por tres capítulos. Ahora bien, antes de que viese la luz la tercera parte titulada *Lo que no quise decir*, se había traducido *¡Tierra, tierra!*, una obra en que Márai da cuenta y razón de lo sucedido en Hungría entre 1944 y 1948, es decir, desde que cayó en manos de los nazis, el 19 de marzo de 1944. Fue entonces cuando la *Wehrmacht* invadió Hungría pocos meses antes de iniciarse la soviétización del país a comienzos de 1945. Con anterioridad, el 16 de octubre de 1944 se produjo la defenestración del regente Miklós Horthy promovida por el Partido de la Cruz y la Flecha con el apoyo nazi, cuando intentaba negociar la paz con los aliados de espaldas a Alemania, lo que comportó el sitio de Budapest que se inició el 29 de octubre y se alargó hasta 13 de febrero de 1945, cuando las tropas rusas se apoderaron de la ciudad. Se trataba, según manifiesta en *¡Tierra, tierra!*, de la «barbarie puante» (Márai, 2016c, p. 104), de una ocupación que supuso un nuevo estilo de vida, esto es, una cosmovisión de tipo oriental inconciliable con el sistema liberal que Márai defendió desde su posición burguesa que, además, pone en relación con la historia de Hungría y, por extensión, con la modernidad:

Ser burgués nunca ha sido para mí una categoría social; siempre he considerado que se trata de una vocación. La figura del burgués representa para mí el fenómeno humano creado por la cultura occidental moderna, justamente porque el burgués es quien ha creado la cultura occidental moderna: tras ser aniquilada la envejecida estructura social basada en la jerarquía feudal y haberse desmoronado en el mundo un orden

social caduco, el burgués estableció un nuevo equilibrio. (Márai, 2016c, p. 136)

Por lo demás, las confesiones de Sándor Márai también pueden ser consideradas como un relato de formación, de alto contenido cívico-moral, no en el sentido de la lucha intestina entre las diferentes facciones políticas, sino desde la perspectiva del encaje de Hungría en una Europa que, después de los sucesos acaecidos entre 1938 y 1948, perdió sus mejores rasgos espirituales, esto es, el humanismo, la tolerancia y la libertad. Por ende, la burguesía había sabido labrar un patrimonio mental a través del fomento de la cultura y de una conciencia patriótico-nacional que perseveró por sobrevivir entre el pangermanismo nazi y el paneslavismo ruso-soviético. Es de notar que aquella burguesía liberal, progresista y deseosa del orden, constituía una palanca del reformismo social que, después de la derrota de la Primera Guerra Mundial, sufrió en carne propia las consecuencias de los diez años que van de 1938 –fecha de la anexión austriaca– a 1947, cuando se consumó el sometimiento absoluto de Hungría respecto a la URSS. No por azar, Márai cierra la segunda parte de sus *Confesiones de un burgués* con afirmaciones de esta guisa:

La palabra del escritor había perdido el efecto, el respeto y la credibilidad, ya no era capaz de cambiar ni un gramo de arena en el mundo. Los literatos habían malgastado la herencia histórica de los enciclopedistas, la autoridad de la palabra para cambiar la sociedad. La literatura había perdido su credibilidad moral. (Márai, 2016a, p. 411)

A nadie se le escapa que esta falta de compromiso por parte de los escritores depende en buena medida de la connivencia que algunos adquirieron con los regímenes totalitarios o, en el mejor de los casos, con la aceptación de los principios del hombre-masa del americanismo. Este conjunto de factores, comportó la quiebra de la vieja Europa, burguesa, liberal y progresista que había optado por el camino de la formación y la cultura, según los postulados de la *cultura animi* heredados de la tradición

humanista que ahora estaba herida por la irrupción de unos vientos materialistas contrarios al cuidado intelectual y espiritual.

El hombre europeo vivía con una herida, viajaba, escuchaba música, leía libros, amaba y rompía con sus amantes, dentro de su destino europeo, como si lo hubieran herido. Es el sufrimiento del hombre culto que sospecha que los bárbaros ya se hallan ante la puerta tallada, blandiendo las mazas... Fueron muchos quienes escribieron sobre ello, y de diversas maneras. (Márai, 2014, p. 67)

No nos cansaremos de repetirlo: la barbarie de la guerra, el enfrentamiento germano-soviético, acabó con la tradición liberal que la burguesía húngara defendía desde 1867. Aquello supuso la bancarrota de un universo, de una cosmovisión, de una manera de entender la vida: el amor a los libros, la afición a la lectura, la pasión por «empalabrar» un pensamiento a través de la literatura y el deseo de mejorar la condición humana a través de la formación. Por todo ello, resulta lógico que, frente a la barbarie de la invasión de las tropas alemanas, Márai buscara refugio en su biblioteca que en aquel tiempo –la noche del 18 al 19 de marzo de 1944– continuaba intacta, con sus seis mil «volúmenes reunidos en mis andanzas por el mundo». A renglón seguido, y al recordar lo vivido en aquellas lúgubres horas nocturnas que no encerraban buenos presagios, Márai escribió en *¡Tierra, tierra!* lo siguiente:

Me fijé en el ejemplar de Marco Aurelio que había comprado a un librero de segunda mano a orillas del Sena, en las Conversaciones con Goethe de Eckermann, en una antigua edición de una Biblia en húngaro. Seis mil volúmenes. Desde las paredes me contemplaban los retratos de mi padre, mi abuelo y otros parientes muertos. (Márai, 2016c, p. 16)

De estas palabras de Márai se desprende cuáles eran sus tres títulos preferidos –un autor estoico latino, el clásico por antonomasia del neohumanismo alemán y la Biblia– que sintetizan el itinerario de la cultura

occidental, amén de la presencia de la tradición familiar que, procedente de Alemania, se había afincado en Hungría a la vez que asumía el proceso de magiarización. A este respecto, y con independencia del caso de Márai, podemos añadir que Hungría estimaba los libros propios, los escritos en húngaro, pero también las traducciones de los clásicos universales a la lengua magiar que sólo conocen diez millones de personas aunque, por su vocación de pertenecer a la tradición occidental, garantiza desde el punto de vista intelectual una vida plena (Márai, 2016c, p. 311). Sin forzar demasiado el argumento, en el universo mental de Márai –y de la misma manera que acontece con su vocación burguesa– Europa constituye un proyecto cultural que se manifiesta en una conciencia que deriva de su historia y tradición, porque «una Europa económicamente unida, sin conciencia de su misión, no puede convertirse en una potencia mundial como lo fue durante siglos, cuando sí creía en sí misma y en su tarea» (Márai, 2016c, p. 307). Una conciencia que se dibuja en la matriz que trazan aquellas tres obras elegidas de su biblioteca: la Biblia, o gran narrativa semita y cristiana, crisol de la tradición judeo-cristiana, obra que llevaba consigo en sus viajes; la filosofía helenista representada por Marco Aurelio que perfila un estilo de vida estoico y la síntesis del neo-humanismo moderno (fruto tardío del clásico y del renacentista) que simboliza el Goethe de Weimar que conversa amablemente con Eckermann. «Uno pertenece a una familia espiritual, y en la jerarquía de ese árbol genealógico está Goethe como padre primigenio de todos, de los demás miembros de la familia, de nuestros hermanos y tíos espirituales» (Márai, 2016a, p. 344). En suma, Europa asume, a los ojos de Márai, una historia espiritual cuyos momentos estelares pueden simbolizarse en estos tres jalones que representan la Biblia, el helenismo y el humanismo.

La palabra y la barbarie totalitaria

Como hemos visto, la burguesía había alentado un clima intelectual que confiaba en la cultura que dio sentido a Europa desde los tiempos del helenismo, vivificados con los aportes del Renacimiento y la Ilustración.

Tal estado de ánimo se personificó en la figura de Goethe, con el antecedente de Schiller, en quien los lectores veían «al precursor del liberalismo, al revolucionario» (Márai, 2016a, p. 47). Por contra, entre 1938 y 1948, se consumó la derrota de aquella generación, culta y moderna, liberal y civilizada, eminentemente burguesa, que había cultivado la llama espiritual europea, enraizada en los valores del humanismo, que claudicó ante la barbarie del nazismo y del comunismo. «En esos diez años desapareció también toda una forma de vida y toda una cultura», declara de manera contundente Márai en las primeras páginas de *Lo que no quise decir*, una idea-fuerza que encontramos en otros lugares de sus libros (Márai, 2016b, p. 10).

Ni que decir tiene que la aniquilación de esta forma de vida que caracteriza la civilización europea implicó un desmoronamiento de la moral de los intelectuales, inmersos en una profunda crisis e incapaces de rectificar el rumbo de los acontecimientos. «Los escritores expresaban cada vez con más fuerza y genialidad el hecho de no tener fuerza, de haber fracasado» (Márai, 2016a, p. 411). No es sorprendente, pues, que Márai se lamenta de esta renuncia, de esta traición de la intelectualidad húngara que no supo estar a la altura de las circunstancias. «Los literatos habían malgastado la herencia histórica de los enciclopedistas, la autoridad de la palabra escrita para cambiar la sociedad. La literatura había perdido su credibilidad moral» (Márai, 2016a, p. 411).

Sin lugar a dudas, este proceso de decadencia se había gestado anteriormente, cuando Márai –formado según los patrones de la *Bildung* centroeuropea, espíritu viajero y curioso, dedicado al periodismo ya que había colaborado en el *Frankfurter Zeitung*, «diario de altísimo nivel y espíritu verdaderamente europeo» (Márai, 2016a, p. 279)– constató que en los años de crisis que siguieron a la Gran Guerra (con la firma de los tratados de paz de Versalles en 1919 y de Trianón en 1920) peligraba la cosmovisión burguesa, «que deseaba celebrar el triunfo de la razón por encima de los instintos y que creía en la fuerza y en la resistencia de la inteligencia y del espíritu» (Márai, 2016a, p. 472). No cabe sino señalar que la barbarie totalitaria se impuso a la civilización y a la cultura, lo cual comportó la desaparición de un estilo de vida culto que la burguesía había hecho suyo en Europa, tal

como se desprende de las obras de escritores de la talla de Marcel Proust, Elias Canetti y André Maurois. «Sándor Márai es el novelista de la burguesía magyar, como Proust lo fue de la francesa», escribió Oliver Brachfeld meses después de la Segunda Guerra Mundial (Márai, 1946, p. 14).

Por todo cuanto decimos, Márai reflejó la visión burguesa del mundo, emparentada con el humanismo liberal, un fenómeno no sólo centroeuropeo sino también continental que se gestó al socaire de los vientos del humanismo renacentista que proclamaron la dignidad del ser humano. No en balde, en la capital de la Toscana, Márai quedó impresionado por la belleza, hasta el punto de que «en Florencia empecé a vivir en un éxtasis conmovedor» (Márai, 2016a, p. 368). Más todavía, Márai –que vivió en Berlín los años ajetreados de la República de Weimar– sale en defensa de la burguesía culta, que gustaba de la formación (*Bildung*), gracias al trato con las artes y las ciencias, a los viajes de aprendizaje, en un todo que deseaba –como buen burgués– transformar Hungría para sacarla de la postración feudal y convertirla en una especie de provincia pedagógica. Consideraciones aparte, lo cierto es que Budapest había de asemejarse a Weimar, en una visión que combinaba el sentimiento magiar, la dimensión humanista de Goethe y la vocación europea de Hungría que quedaba así ligada a Occidente. Forzoso es reconocer que aquella burguesía se constituyó como un elemento civilizador de primera magnitud, que se desmarcaba de la inanidad cultural de la nobleza, a la vez que defendía un modelo de sociedad liberal que sucumbió ante el nazismo y el bolchevismo.

Es obvio que Márai confía en el vigor de la palabra –«Creo que el mundo no sólo es materia y que el espíritu no sólo es una consecuencia química o eléctrica de la materia. Creo que “al principio era el Verbo” y que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”», declara sin ambages en *Lo que no quise decir* (Márai, 2016b, p. 11). En tal sentido, apela a la fuerza de la palabra para dejar constancia del significado de la vieja Europa que en su opinión no desapareció en 1918 –cuando la *Belle époque* dio sus últimos coletazos– sino que se prolongó hasta 1938, al producirse la anexión de Austria por parte del III Reich. No podemos sino remarcar que Márai confía en la energía proteica de la palabra, como

único recurso para denunciar –de acuerdo con la fuerza del Logos– la barbarie totalitaria. Dicho esto, hemos de añadir que su mundo no se basa en la lógica de los números, ni en una interpretación físico-matemática de las cosas, que genera una cosmovisión fría y racional, geométrica y tecnocientífica, «porque la tecnología empieza con los números árabes» (Márai, 2005, p. 391). En vez de números, logaritmos y ecuaciones, Márai apuesta sin restricciones por la palabra, por el discurso y la narrativa.

Desde luego, Márai es consciente de que vivimos –como bien señalan los pensadores hermenéuticos como el profesor Octavi Fullat (Fullat, 2005 y 2016)– en un universo empalabrado, a pesar de que algunos autores como Joseph Roth dudaron de la viabilidad de la palabra en aquella encrucijada histórica. No por azar, Roth escribió el 9 de octubre de 1933 a Stefan Zweig lo siguiente: «La palabra ha muerto, los hombres ladran. La palabra no tiene ya ningún significado, es decir, ninguno actual» (Roth y Zweig, 2014, p. 112). Bien mirado, las cosas empeoraron después de la barbarie totalitaria, cuando la palabra fue manipulada por la propaganda del nazismo y la filosofía materialista del pan-eslavismo comunista. Aquellos años de brutalidad comportaron la miseria de Europa, que acabó transformándose en una especie de mentira generalizada, desde el momento que –una vez eliminada la libertad– la palabra perdía toda su fuerza originaria, la que surge con nitidez del evangelio joánico. Mientras la libertad en manos de la burguesía hizo posible que la lengua húngara –«yo creo que de todos los escritores europeos, los húngaros eran los lectores más aplicados» (Márai, 2016c, p. 140)– sirvió de palanca para construir un país, después de 1945, al precipitarse la soviétización, la palabra quedó contaminada por una razón de estado que adulteraba todas las cosas.

Occidente ha mentido con la palabra hablada y con la palabra escrita; ha mentido hasta con la música, al arrebatarle la melodía y la armonía para sustituirlas por unos histéricos aullidos convulsos y epilépticos. (Márai, 2016c, p. 310)

Ante el espectáculo de una Europa que renunció a sus ideales después del fraude que representaron los sistemas totalitarios, ya fuesen

fascistas o soviéticos, Márai optó por mantener viva su independencia intelectual y espiritual y así, no sin dificultades, pudo marchar al exilio en 1948. En el fondo, Márai antepuso como Sócrates la libertad de conciencia al embuste y al engaño, a las renunciaciones acomodaticias para sobrevivir. Sólo de esta forma se puede entender su reivindicación de que la palabra sea siempre auténtica, una palabra viva sin deslealtades ni vilezas que sirva para canalizar la libre expresión de la conciencia. Por este motivo, Márai se opuso, con el concurso de la palabra y de la literatura, a la sinrazón de la barbarie, ya fuese la arbitrariedad del totalitarismo nazi o la manipulación ideológica comunista en que «todo se podía comprender a través de la ideología marxista» (Márai, 2016c, p. 258). Naturalmente, Márai tampoco se muestra satisfecho con el consumismo americano, con su cultura al servicio del hombre-masa, del gregarismo que busca el consumo y la diversión al margen del esfuerzo, en una actitud que coincide con la expuesta por Zweig cuando en 1932 se refería a la desintoxicación moral de Europa (Zweig, 2017). Veamos sus palabras:

La civilización comercializada e industrializada exige, en Occidente, un producto de masas que satisfaga sus gustos, mientras que en el Este de Europa sólo se aceptan las obras politizadas, patentadas y medidas según la ideología reinante. (Márai, 2016c, p. 151)

Frente a estos atropellos, únicamente queda una solución, el recurso de la palabra, de la denuncia a través de la escritura. En las últimas páginas de *La mujer justa*, Márai desarrolla esta idea de la palabra como mecanismo de rebeldía, aspecto que puede vincularse a la estética de la resistencia de Peter Weiss (1999) porque en su visión del mundo el ser humano, en cuanto *homo loquens*, también deviene un ser estético, una dimensión propia igualmente del ideal de formación burgués, de la *Bildung*. Dicho en otras palabras, frente a la barbarie sólo queda la apelación a la palabra, al *logos*, que actúa no sólo como acto de denuncia sino también de lucha y combate, a la vez que se encausa como posible salida a la dicotomía entre la razón mecánica que acaba en un burdo materialismo

y la razón política-totalitaria, dos enemigos que cercenan y destruyen el espíritu humanista. Y aunque un personaje de *La mujer justa* «ya no creía en las palabras... pero seguía amándolas», de la misma manera Márai escribió hasta 1948 en su patria húngara, y después, hasta su muerte, en el exilio.

A modo de cierre

Es hora de recapitular y recordar que, según Márai, desde aquel aciago 12 de marzo de 1938, Europa dejó de ser lo que había sido, lo cual generó en la Europa central un conflicto que se agudizó con la entrada de las tropas del Ejército Rojo cuando liberaron los territorios ocupados por los nazis. Una liberación –título de la narración que cuenta la entrada de las tropas soviéticas a Budapest, obligadas a una lucha dramática casa por casa similar a la de Stalingrado– que se convirtió en un nuevo oprobio. En *Liberación*, Márai narra el asedio de Budapest, una ciudad de un millón y medio de personas. «Porque aún ayer existía un mundo al que se pertenecía. Y había además un continente, ahora en peligro, con catedrales, hogares y casas, viaductos, paisajes, música de Bach y libros, Europa...» (Márai, 2013, p. 65). En definitiva, una liberación que, poco tiempo después, se convirtió en una opresión que en 1956 hizo saltar en las calles de Budapest una revolución que los tanques soviéticos acallaron sin piedad.

Con el trasfondo de la paz soviética, se consumó en Hungría, como en el resto de países satélites de la URSS, la muerte definitiva de la Europa ilustrada, de la mentalidad burguesa culta y civilizada, conformada según un ideario presidido por el liberalismo y el humanismo. Está claro que esta situación obligó a Márai –después de la destrucción europea que se originó entre 1938 y 1948, pero cuya gestación se produjo durante el período de entreguerras– a emprender el camino del exilio en 1948. Mientras tanto, Hungría vivió jornadas de ilusión y esperanza como la del año 1956, cuando el cardenal Mindszenty se convirtió en el abanderado de la libertad, después de haberse opuesto anteriormente a la nacionalización de las escuelas católicas en 1948 (Mindszenty, 1989, p. 151).

He ahí, pues la paradoja: un intelectual europeo como Sándor Márai, defensor de los valores y de la tradición humanística continental, se vio obligado a refugiarse en los Estados Unidos que –después de la victoria aliada de 1945 y tal como vaticinó John Dewey en su autobiografía– pensaban que Europa había de ser una simple provincia de aquella nación surgida con la declaración de independencia del 4 de julio de 1776 que, entre otras cosas, prometía la búsqueda de la felicidad para el ser humano. Mientras tanto, y una vez desaparecido el ideal de la vieja Europa culta y civilizada, que promovía el ideal de formación, hubo que volver a poner los fundamentos de Europa, sobre una base económica de una comunidad del carbón y del acero y el entendimiento entre Adenauer y De Gaulle, que –a grandes rasgos– también recelaban, como Márai, de la Unión Soviética, una visión moderna y materialista del mundo que naufragó en 1989, con la caída del muro de Berlín, aquella imagen televisiva que Márai no pudo ver.

References

- Casals, Josep (2003). *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Fetjő, Ferenc (2016). *Réquiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*. Madrid: Encuentro.
- Fullat, Octavi (2005). *Valores y narrativa. Axiología educativa de Occidente*. Barcelona: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona.
- Fullat, Octavi (2016). *Impertinentes. El desgarró de pensar*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Johnston, William M. (2009). *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848–1938)*. Oviedo: Krk ediciones.
- Magris, Claudio (2009). *El Danubi*. Barcelona: Edicions de 1984.
- Márai, Sándor (1946). *A la luz de los candelabros*, traducción y prólogo de F. Oliver Brachfeld. Barcelona: Ediciones Destino [Esta obra ha sido titulada en ediciones más recientes como *El último encuentro*].
- Márai, Sándor (2005). *La mujer justa*. Barcelona: Salamandra.
- Márai, Sándor (2013). *Liberación*. Barcelona: Salamandra (5ª ed.).
- Márai, Sándor (2014). *La gaviota*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.).
- Márai, Sándor (2016a). *Confesiones de un burgués*. Barcelona: Salamandra (12ª ed.).
- Márai, Sándor (2016b). *Lo que no quise decir*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.).
- Márai, Sándor (2016c). *¡Tierra, tierra!*. Barcelona: Salamandra (6 ed., 1ª ed. 2006).
- Mindszenty, Jozsef (1989). *Memorias*. Barcelona: Luis de Caralt (8 ed. ampliada).
- Móricz, Zsigmond (2016). *Sé bueno hasta la muerte*. Barcelona: Acantilado.
- Roth, Joseph y Zweig, Stefan (2014). *Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927–1938)*, epílogo de Heinz Lunzer. Barcelona: Acantilado.
- Sala Rose, Rosa (2007). *El misterioso caso de las letras alemanas*. Barcelona: Alba editorial.
- Waal, Edmund de (2012). *La liebre con ojos de ámbar: una herencia oculta*. Barcelona: Acantilado.
- Weiss, Peter (1999). *La estética de la resistencia*. Hondarribia: Argitaletxe Hiru.
- Zilahy, Lajos (1945). *La vida de un escritor*, biografía y autobiografía comentadas por F. Oliver Brachfeld. Barcelona: Editorial Lara.
- Zilahy, Lajos (1965). *Novelas. I*, presentación «Lajos Zilahy, escritor húngaro y universal». Barcelona: Plaza & Janés (3ª ed.).

Zilahy, Lajos (2010). *El alma se extingue*. Madrid: Editorial Funambulista.

Zweig, Stefan (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: Acan-tilado.

Zweig, Stefan (2017). *La desintoxicación moral de Europa y otros escritos políticos*, traducción y nota introductoria de José Aníbal Campos. Barcelona: Plata-forma Editorial.

Information about the author:

Conrad Vilanou Torrano is Full Professor and Chair of the Department of Theory and History of Education at the University of Barcelona. He specializes in the analysis of pedagogical concepts, discourses and narratives and has researched the history of physical education and sports. He also dealt with the contribution of Dr. Emili Look to the psychology of sport and aspects related to Olympic pedagogy. He is the editor of the journal *Temps d'Educació*.